

Todas las noches se le representaba en sueños la cabeza de Carlo-Magno, y cuantas veces alargaba la mano para cogerla, se ocultaba de él rechinando los dientes. Lo único que le consolaba en medio de sus angustias, era que la cota de malla de Francisco I le sentaba tan bien como un guante. ¡Consuelo bien ineficaz por cierto! La política extranjera absorbía toda su atención. La Europa ardía en revoluciones. ¡Berlín se hallaba agitado! ¡Qué ocasión de consiguiente tan inoportuna para ir á buscar la cabeza en cuestión! El bueno del mercader, por lo tanto, no podía pensar en su misión sin acordarse al propio tiempo y sin compararse modestamente con Daniel, cuando este se hallaba en el foso con los leones. Su terror, sin embargo, tenía aun que subir de punto. Cierta día que recorrió en todas direcciones los barrios de San Antonio y de San Martín, regresó á su casa en un estado que renunció á describir á mis lectores. Había visto y contado algunos centenares de banderas negras colocadas sobre las casas de propietarios recalcitrantes que se obstinaban en cobrar sus alquileres. Había oído una porción de gritos siniestros, tales como los de: ¡mueran los ricos! ¡mueran los aristócratas! ¡mueran los fabricantes! Los grupos, con los cuales se aventuró á confundirse, lo habían contemplado con ojos de desconfianza! Al regresar á su casa, por

XVI

La ambición de M. Levrault estaba satisfecha, puesto que al cabo y al fin creía él que iba á representar á la Francia: esto no obstante, su terror había llegado al colmo. Antes de haber saboreado la copa de las grandezas, empezaba ya á echar de menos su oscuridad y su trastienda de la calle de los Bourdonnais. Sin haber leído los versos de Lucrécio sobre el náutico que sentado en la costa contempla con faz tranquila el navío destrozado por la tormenta, nuestro hombre comprendía ya todo el precio del reposo, y la perfidia toda de las esperanzas humanas. Hallábase suscrito al *Moniteur*, y todas las mañanas lo desplegaba con mano trémula, y no respiraba á su gusto hasta despues de haber recorrido la parte oficial.

último, los rumores que oyó eran tan formidables, que nuestro hombre estuvo á punto de caer desvanecido; anunciábase para aquella misma noche el saqueo del barrio de Saint-Germain!

Lo primero que le dijeron así que entró en su casa, fué que todos los amigos de Solon acababan de salir. Gaston se hallaba ausente. M. Levrault encontró á Laura y á la marquesa solas en el salon; el ex-mercader les contó todo cuanto habia visto y oído.

—¡Un solo hombre puede salvarnos! exclamó al terminar su narracion: ese hombre no es otro que el mismísimo Solon, ese ciudadano á quien ustedes no han querido recibir, á quien se han obstinado Vds. en negarle un asiento en nuestra mesa! Todos sus amigos se han marchado, y ¡sabe Dios cómo y con quién volverán! Tan solo Solon es quien puede protegernos, defendernos y salvarnos! Si esos tunantes vuelven por aquí, es preciso que lo encuentren sentado en medio de nosotros, como si fuera el mejor de nuestros amigos, como si fuera un hermano. Voy, pues, á buscarle ahora mismo y á traerlo aquí; espero que procurarán ustedes ponerle buena cara.

—¡Qué venga en buen hora! exclamó la marquesa juntando las manos.

De allí á pocos instantes volvió á la estancia M. Levrault, dando el brazo al vencedor de Febre-

ro. Solon, que hasta entonces únicamente habia sido visitado por el ex-mercader, se dejó guiar sin gran resistencia: su orgullo se lisonjeaba en extremo con una invitacion, la cual no se habia atrevido á esperar nunca. La marquesa no fué dueña de reprimir un gesto de disgusto al ver la blusa y la barba del obrero; Levrault sin embargo, la contuvo con una mirada. Solon se sentó en una butaca magnífica, y trabó conversacion con sus huéspedes. A pesar de la originalidad de sus modales y de la extravagancia de sus principios, era un excelente diablo. El extraño lenguaje que usaba en defensa de sus opiniones, más bien escitaba la curiosidad que la cólera. Laura y la marquesa le escuchaban con resignacion; M. Levrault aplaudía y celebraba todas sus salidas, llevando su deseo de congraciarse con su huésped, hasta el punto de rogarles que refiriese su historia.

—Contádnosla, ciudadano Solon, le dijo; referidnos, camarada, cómo habeis llegado á descubrir los principios sublimes que hoy profesais. Confieso que hasta aquí nada habia oído que fuese parecido á ellos. Acabais de revelarme un mundo nuevo; ¿quién os lo ha revelado á vuestra vez?

—Mi ciencia es la historia de mi vida, repuso Solon acariciándose la barba con orgullo.

—¡Pues bien! contadnos vuestra historia.

La marquesa lanzó un suspiro al pensar en la narracion de que se veía amenazada.

—En mí estais viendo, empezó Solon, una victima de nuestra civilizacion depravada. Yo no he conocido á mis padres. A la edad de tres años fui recogido por un mercader, el cual se hallaba desesperado de no tener hijos despues de veinte años de matrimonio. Su alegría al verme instalado en su hogar fué tan grande, que no quiso dar paso alguno para descubrir el nombre y las señas de mi familia. Nada me hizo falta allí: bien alimentado, bien vestido y bien alojado, nada me restaba que desear; mi alma naturalmente generosa se abandonaba á la gratitud; mas no tardé mucho en comprender el fin egoista de mis presuntos defensores. Acababa de cumplir los nueve años, cuando cierto dia me llamó mi padre adoptivo para echarme un largo sermon sobre las ventajas del trabajo, y en seguida me mandó á la escuela. En ella fué donde comprendí por primera vez los dos grandes vicios de nuestra sociedad; la desigualdad y la injusticia. A la hora del almuerzo saqué de mi cartapacio un bollo de manteca, y el niño que estaba á mi lado mordía una torta de confitura. Aun cuando yo no tenía mas que nueve años, aquella torta me iluminó con una claridad sublime, y fué para mí la primera revelacion de la verdad social.

—¡Vaya Vd. viendo! ¡á los nueve años! exclamó M. Levrault.

—En la mañana del siguiente dia, prosiguió Solon, tres muchachos se hallaban de rodillas en medio de la escuela y con las orejas de burro sobre la cabeza: uno de ellos era yo. ¿Sabeis por qué se nos impuso aquel castigo? porque no habiamos querido hacer nada. Así, pues, la torta de confitura me habia revelado la desigualdad, y las orejas de burro en la escuela son la imágen fiel de la sociedad. En el transcurso de mi vida, tan fecunda en azares, he vuelto á encontrar despues todo cuanto la escuela me habia enseñado. Halagado por la esperanza loca de una próxima independencia, me resigné á escuchar las lecciones que se me daban, y á fé que he espiado cruelmente mi imprudencia. Apenas supe leer, escribir y contar, cuando mi padre adoptivo me llamó otro dia para sermonearme sobre la necesidad de tomar un oficio. Pasando, pues, en calidad de aprendiz á casa de un diamantista, descubrí allí desde los primeros dias una de las llagas mas repugnantes de nuestra miserable sociedad; esto es, la explotacion del hombre por el hombre. Allí, lo mismo que en la escuela, el trabajo, es decir, la estúpida servidumbre del hombre reducido á la condicion de máquina, era recompensado por un salario corruptor; la ociosidad, ó sea el ejercicio constante del libre albedrío,

se veía anatematizada con el nombre de pereza, y condenaba á la pobreza al obrero apasionado por la reflexion. Todas las mañanas nos distribuía un amo, que miraba sin el menor respeto la humana dignidad, nuestra tarea, y nos tenía amarrados al trabajo como los bueyes á una carreta. Poco tardé en comprender que los talleres degradan en nosotros las mas elevadas facultades. Meditando, pues, sobre el problema del trabajo y del descanso, ó hablando en términos mas propios, sobre el problema de la servidumbre y de la libertad, un gran acontecimiento vino á mostrarme cuál era mi verdadera mision. Al oír los tiros que se disparaban desde las barricadas de Julio, sentíme llamado á guiar, á regenerar la humanidad. Entonces escasamente habria cumplido aun los quince años; mas ¡ay! ¡cuán pronto se envejece en la escuela de la opresion! Acabábamos de poner en fuga á los satélites extranjeros pagados por la tiranía, y yo fui el primero que penetró en el Louvre.

Indignada la marquesa con semejante lenguaje, queria levantarse y abandonar el salon; clavóla, empero, en su butaca el himno de los *Girondinos*, entonado en la calle por centenares de voces.

Solon continuó de allí á poco:

—Al recorrer las salas doradas de ese palacio, teatro de tantas y tan innobles intrigas, conocí que se redoblaba mi ódio hacia la riqueza y mi amor

hacia la igualdad, al propio tiempo que no pude menos de persuadirme que era el elegido por la Providencia para derribar, de manera que no puedan levantarse nunca, la aristocracia, la clase media y el trono. Fiel á esta conviccion, hace ya diez y siete años que he tomado parte en cuantos golpes de mano y cuantas insurrecciones políticas se han fraguado ó estallado en París. Mi padre adoptivo, que no comprendia toda la sublimidad de mi mision, se olvidó de sí mismo, hasta el punto de dirigirme algunas exhortaciones, y yo le volví la espalda. En vez de enervar mi inteligencia con un trabajo mercenario y servil, como han hecho otros tantos de mis hermanos, en cuya mente no han penetrado todavía las luces de la verdad social, he procurado engrandecerme en esa vida independiente que los idiotas han dado en llamar holgazanería, y que yo califico de apostolado. Mientras que mis hermanos, sumidos en las tinieblas de la ignorancia, sudaban la gota gorda como el puño para proporcionarse el pan nuestro de cada dia, mientras que á fuerza de trabajar ganaban para el sustento de sus mujeres y sus hijos, y, preocupados locamente con la idea de un porvenir que solo pertenece á Dios, se condenaban á los ahorros, yo me sentaba á su mesa y les pagaba pródigamente mi escote, distribuyéndoles el pan de la verdad. Afiliado á las sociedades secretas y

trabajando sin descanso en la mina de la monarquía, soy uno de los que han preparado el gran día de Febrero.

—De modo, dijo M. Levrault, que ya estareis contento, puesto que habeis conquistado la República; la hora del reposo ha sonado al fin para vos.

—¡Reposo! No le habrá nunca para mí. Esa es precisamente la razón por que mis hermanos me han puesto el apodo de *Marche Toujours*. La revolución de Febrero no es mas que una jornada insignificante en la marcha de la humanidad. Los perezosos y los obcecados desean ya hacer un alto; pero yo vuelvo á ponerme en camino como un andarín infatigable, y cortar despiadadamente todas las malezas que obstruyen nuestro paso.

—¡Ah! ¿Conque segun eso, preguntó Mr. Levrault, no es la República vuestra última palabra?

—Nuestra última palabra no la encontrará sino el último hombre. La República está ya fundada, y de consiguiente hay que echarla por tierra. Yo soy (y me complazco en decirlo á la faz del mundo) enemigo declarado de todo lo que es, porque presiento lo que será.

—Pues ¿qué es lo que presentís? preguntó M. Levrault tímidamente.

—¡Presiento un porvenir magnífico! exclamó Solon, levantándose con entusiasmo.

—¿Qué porvenir es ese?

—Ciudadano, lo que me pedís es nada más que la verdad social; ¿estais preparado, no diré para comprenderla, sino para oirla solamente? La inteligencia plena de la verdad social, prosiguió Solon gravemente, no es dable sino á los hombres que se nutren con la médula de los leones y de los osos; mas faltaria á los deberes que me prescribe mi apostolado, rehusando el comunicaros la luz. Abrid, pues, los ojos, y procurad que el resplandor de ella no os deslumbre. Sí, repito que preveo un porvenir brillante; pero ¡cuán trabajosa no tendrá que ser la conquista de un mundo nuevo! ¡Qué de sangre, qué de ruinas, antes de tocar á la tierra de promision! Toda la historia de lo pasado es únicamente un juego de niños y tortas y roscones, comparada con las batallas que tendrá que dar la humanidad para apoderarse del nuevo bellocino de oro guardado por los celosos dragones, que se llaman aristocracia é industria.

—¡Sangre y ruinas! exclamó Mr. Levrault, lleno de espanto. Pues ¿qué es lo que queda ya en pié? ¿No han ido ya por tierra la aristocracia y la industria? ¿No somos ya todos hermanos?

—Todavía estoy yo viendo en pié una porcion de majaderías deificadas y adornadas por una multitud ignorante. Mientras que estas majaderías no sean destronadas, echadas al fuego y esparcidas al aire sus cenizas como un polvo inútil, no hay que

pensar en el entronizamiento de la verdad social. Preciso es acabar con las preocupaciones que tienen encadenada á la humanidad: la propiedad, la herencia, la familia, son vejees cuyo reinado es ya tie npo de que termine.

—¡La propiedad, la herencia, la familia! ¿Conque es decir que vos aspirais á que todo se lo lleve la trampa á la ruina universal!

—Precisamente, ciudadano, replicó Solon con autoridad: la ruina universal es mi cabal'o de batalla. ¿Qué cosa es, pues, la sociedad? Un insulto á la justicia. Y la familia ¿qué otra cosa es más que un insulto para los niños expósito-?

—¡Vea V. qué cosa! dijo Mr. Levrault con timidez; ¡y yo, tonto de mí, que creia ver algo de bueno en la familia!

—La familia, repuso Solon, es egoismo organizado, es una coalicion contra la verdad.—¿Qué seria de mí mismo á estas fechas, si la Providencia, que tenia, por lo visto, sus miradas sobre mí, no me hubiera separado de mis parientes? Tal vez me estaria columpiando en la ignorancia y figuraria entre los opresores! Es posible que poseyera á estas horas las riquezas, pero no poseeria de seguro la verdad social, porque, á no dudarlo, yo he nacido en medio de la industria.

—¡Jóven apreciableísimo é interesante! exclamó M. Levrault:—¿No sabrias decirnos por qué extra-

ño accidente, por qué catástrofe os habeis visto separado de vuestra familia?

—Nada más sencillo. En la noche de un día de fiesta, mi padre, que era un pobre hombre, me llevó á la plaza de la Concordia, y me levantó en sus brazos para que viera una funcion de pólvora.....

—¡Gran Dios! exclamó el ex-mercader; ¿qué es lo que estais diciendo? ¡Una funcion de pólvora!... ¡qué rayo de luz!.... Acabad, amigo mio; acabad. —Deciais que en la plaza de la Concordia..... que vuestro padre acababa de tomaros en sus brazos.....

—Eso es; acababa de extinguirse el arbol de fuego, y toda la plaza quedó en la más profunda oscuridad. Los vaivenes de la multitud, semejantes al oleaje del mar, me separaron de los brazos de mi padre, y fui recogido al extremo de la calle de San Florentino por el hombre que, segun ya he dicho, queria explotarme despues.

—¡Oh Santa Providencia! ¡Cuán impenetrables son tus miras! exclamó M. Levrault, levantando los brazos al cielo. Proseguid, amigo mio; decidme, ¿no teniais sobre vos alguna cosa que pudie-ra darnos luz sobre quiénes eran vuestros padres?

—¡Ay! Yo iba vestido como el hijo de un privilegiado; mi camisa se hallaba guarnecida de encajes.

—¿Y marcada además con una T y una L? preguntó M. Levrault con vehemencia.

—Justo, repuso Solon sorprendido.

—¿No teneis una señal en el pecho?

—Sí, una mancha de color de escarlata, emblema sin duda que debia yo verter para la emancipacion de la humanidad, replicó Solon entreabriendo su blusa.

—¡Timoleon!... exclamó M. Levrault; ven á mis brazos, hijo mio; ven, porque ya has encontrado á tu padre.

Y así diciendo, estrechaba fuertemente á Timoleon, y mojábale la barba con sus lágrimas, mientras que su hijo hacia los mayores esfuerzos por desasirse de los apretones paternales. La marquesa contemplaba con estupor aquella escena imprevista, y Laura, que nunca habia conocido á su hermano ni lo habia echado tampoco de menos, no se mostraba muy satisfecha de encontrarlo bajo las facciones de Solon *Marche-Toujours*.

—Pero ¿qué es esto? exclamó la marquesa, sofocada por la cólera; ¿no ha dicho V. que habia perdido á su hijo?

—Y he dicho á V. la verdad. Lo habia perdido, y hoy vuelvo á encontrarlo.

—¡Oh! me ha engañado V. torpemente, repuso la marquesa.

—Si V. no ha olvidado mis palabras, recordará

que jamás la he dicho que mi hijo hubiese muerto. De veintisiete años acá, ignoraba lo que habia sido de él. Hoy me lo devuelve la Providencia, y á fé que no sé por qué extraña V. el que me regocije de ello.

—¡Me ha engañado V. de la manera más indigna! repuso la marquesa, no siendo ya dueña de reprimirse.

—¿De qué se queja V., señora? ¿Teme por ventura que Timoleon vaya á hacer daño á Gaston? ¿Recela V. que va á reclamar su parte de herencia? ¡Bah! ¿ha olvidado V. sus principios generosos y sus doctrinas fraternales? Mi hijo no quiere ni pide más que el entronizamiento de la justicia y de la verdad.

—¡Alto ahí! exclamó Timoleon, vuelto en sí de su sorpresa; no embrollemos los asuntos. Cierto que yo deseo el reinado de la justicia y de la verdad; pero eso no lo hemos de ver nosotros, ni nuestros hijos, ni nuestros nietos. El mundo nuevo de que yo os he hablado, está muy lejos aún: de consiguiente, mientras que llega el dia en que el género humano ponga el pié sobre la nueva tierra de Canaan, sometámonos á las antiguas rutinas de la civilizacion.

La marquesa salió de la estancia como un torbellino, lanzando á M. Levrault una mirada indignada.

Laura la siguió en silencio.

Así que Timoleon se quedó á solas con su padre, el mozo se halló mucho más á su gusto, porque mal de su grado, imponíanle cierto respeto los modales de la marquesa.

El socialista dió pronto tregua á las expansiones de su padre, y despues de haberle preguntado sobre el estado de su fortuna con la insistencia y el esmero que pudiera un procurador, prosiguió con voz solemne:

—¿Quién habia de decirme, que encontraría un día á mi hermana casada con un marqués? Cuando mis amigos sepan que soy vuestro hijo, cuando me pregunten sobre este extraño casamiento, ¿qué demonios podré responderles?

—¡Ay hijo mío! repuso M. Levrault con ademán y acento contrito: tu hermana me ha dado disgustos y no flojos. Yo habia escogido para que fuera su esposo á un excelente republicano, al eminente Jolibois, á quien sin duda conoces; pero Laura ha dejado fallidas todas mis esperanzas. Séame Dios testigo, que he hecho todo lo posible por imbuirla en la fé republicana, mas sus amigas de colegio le trastornaron la cabeza, y Laura se empeñó en ser condesa á todo trance. Decirte lo que he sufrido con semejante union, sería cuento de nunca acabar: ¡verse un hombre de mi estofa, todo un Guillermo Levrault, aliado con la aristocracia!

¡Dar yo voluntariamente mi hija á un marqués educado en la ociosidad! ¿Podrias creer semejante cosa?

—Vamos, vamos, repuso Timoleon; me avengo á perdonar á V. el casamiento de mi hermana, pero dudo que mis hermanos os lo perdonen tan fácilmente. Para rescatar pecado tan enorme, en defecto de espiacion, hay que dar algunos gajes á nuestra santa causa.

—¡Gajes! repuso M. Levrault asustado; explícame, Timoleon; ¿qué hay que hacer?

—Es preciso probarles por medio de un generoso sacrificio que es V. partidario acérrimo de la justicia y de la igualdad. Nuestra santa causa carece hasta el presente de un órgano: dadme cien mil escudos para fundar un periódico que llevará por título *La Verdad Social*.

—¡Cien mil escudos! exclamó M. Levrault; ¡cien mil escudos por una verdad, cuyo advenimiento, segun tú mismo has dicho, no lo hemos de presenciar nosotros! ¡Cien mil escudos por una verdad de la cual no conozco aun una sola palabra!

—¿Creeis, acaso, que un día, una semana, un mes, son bastantes para explicaros lo que constituye el pensamiento de toda mi vida? Dadme con qué fundar la *Verdad Social*; vuestros ojos se abrirán entonces á la luz, y os bendecirán todos nuestros hermanos.

En vano insistió M. Levrault por saber la palabra del enigma; Timoleon se envolvió en un velo impenetrable y se mostró sordo á todas las preguntas.

Acababan de dar las dos de la mañana. Convencido M. Levrault, aunque un poco tarde, de los verdaderos principios de Timoleon respecto á la herencia, y pesaroso de haber abierto con tanta imprudencia los brazos á su hijo, conocia que no le era fácil ni lícito rehusar á este cien mil escudos despues de haber dado cuatro millones de dote á su hermana.

En este supuesto prometió, pues, contribuir á la fundacion de la *Verdad Social*.

Padre é hijo se separaron en seguida para ir á acostarse; M. Levrault, pensando en los medios de salvar su bolsa, y Timoleon resuelto, desde que sabia que era heredero, á despedir lo más pronto posible á sus camaradas, los cuales andaban á la husma de las talegas de su padre.

XVII

La casa de Levrault hallábase convertida en un verdadero infierno. Timoleon habia formado empeño de entrar inmediatamente en el goce de todas las ventajas anejas á su nueva clase. Mientras que llegaba el caso de entregarle la suma pedida para la fundacion de la *Verdad Social*, habia aceptado unos cuantos puñados de oro y arrinconado su blusa. Trasformándose en un abrir y cerrar de ojos de pies á cabeza, hablaba á los criados con voz dura y altanera, contradecia abiertamente á la marquesa y á Gaston, burlábase de su padre, y reconvenia sin cesar á su hermana por la alianza desventajosa que habia contraido. Habia despedido, además, á sus camaradas, y ya no hablaba de